los factores económicos (comercio e industria) se muestran como preeminentes y en ese sentido las ciudades se convierten en centros de distribución y consumo. De cualquier forma hay que distinguir entre mercados rurales y mercados urbanos, teniendo además en cuenta la contraposición existente entre terratenientes y comerciantes, lo que genera un marco de contactos y relaciones sociales diferente; todo ello lleva a plantear el interrogante en torno a la idoneidad (o realidad) de una economía natural o monetaria.

Las conclusiones finales se centran en relacionar la civilización antigua con las formas urbanas: en este sentido polis y civitas (la ciudad romana como expresión más elevada de la civilización durante el Imperio) constituyen los dos tipos específicos de ciudad antigua. Sin embargo, las diferencias entre las ciudades orientales y las clásicas grecorromanas son palpables, lo que lleva a plantearse si existió o no una tipología de ciudad en la Antigüedad. Tal vez el hecho más destacado es que se trata de núcleos urbanos con funciones de centro (también resulta interesante la consideración de las ciudades existentes en la zona de influencia del Imperio romano). ¿Qué tipo de relaciones existe entre la ciudad antigua y la moderna?

Una selección bibliográfica, no completa ni exhaustiva, así como un índice de nombres completan esta obra que, a nuestro modo de ver, plantea (y da soluciones) casi todos los problemas derivados del concepto y realidad histórica de la ciudad en el mundo antiguo.

Narciso Santos Yanguas

D. PLACIDO, J. ALVAR y C. G. WAGNER: La formación de los Estados en el Mediterráneo occidental, Ed. Síntesis, Madrid, 1991, 213 pp. y mapas.

La configuración de los primeros Estados en la cuenca mediterránea occidental va a tener tres puntos de inflexión característicos: la Península Itálica (en torno a Roma), el Norte de Africa (en torno a Cartago) y la Península Ibérica (en torno al Mediodía-Levante con el impulso de las colonizaciones orientales —fenicios y griegos— y las sociedades ibéricas).

El Mediterráneo occidental no presenta durante estos primeros siglos de su historia plena (a grandes rasgos desde el año 800 al 300) uniformidad en cuanto al desarrollo cultural, a pesar de lo cual convergen dos hechos que van a contribuir a la conformación de ciertos paralelismos: el primero de ellos constituido por las aportaciones indoeuropeas y el segundo por la

presencia, más o menos amplia y prolongada, de elementos orientales en el ámbito territorial que se analiza.

La primera parte del libro (pp. 9-86) centra su estudio en la evolución de la Península Ítálica desde el proceso de indoeuropeización vinculado al aprovechamiento de los metales, con las culturas correspondientes en cada caso (Terramara en relación con el bronce y Villanova en conexión con los inicios del hierro), hasta el grave problema que representan las lenguas itálicas en esta primera fase, sin olvidar el complejo panorama étnico que se nos muestra.

Durante la primera etapa de la historia itálica el revulsivo lo constituyen los etruscos, suponiendo un problema capital sobre su cultura la documentación existente al respecto; el origen de los etruscos aparece mezclado en las fuentes (teorías de Heródoto, Helánico y Dionisio de Halicarnaso), teniendo presente que existiría un sustrato étnico-cultural (factor de continuidad) sobre el que se superpondrían las nuevas aportaciones (factor de renovación). La historia plena de los etruscos se vincula con el proceso de urbanización de sus centros de hábitat, lo que genera el paso de la aldea a la ciudad; este hecho hará posible el desarrollo de la realeza y el arraigo de la aristocracia en el marco de una comunidad fuertemente estratificada. Además, el amplio desarrollo económico (industrial y comercial) potenciaría un expansionismo, que se manifiesta sobre todo en la segunda fase de la monarquía romana (al mismo tiempo se detecta un proceso lento de romanización como resultado de la interinfluencia Etruria-Roma).

Los orígenes de Roma se conectan con los habitantes del Lacio (los latinos, pastores) constituyendo la urbanización de dicho territorio un hecho pausado; la tradición legendaria al respecto plantea ciertos problemas de interpretación, destacando casi desde un principio la tendencia a la realeza como forma de gobierno. Será, sin embargo, en la segunda fase de la misma cuando los etruscos lleven a cabo transformaciones en la ciudad, dando paso a una nueva realeza con tendencias finales hacia la tiranía y en la que se configuran dos gruspos sociales de enorme significado en la evolución histórica posterior: los clientes y los plebeyos. En este contexto las instituciones romanas anteriores a la República se corresponderían con el rex, los comicios y el Senado, erigiéndose la constitución serviana en un momento de inflexión institucional.

El inicio de la República romana vendrá marcado por la lucha sociopolítica que arrastra el conflico entre patricios y plebeyos: tras el nombramiento de los primeros cónsules el territorio anexionado se convertirá en ager publicus, denotándose ya los intentos iniciales de organización de la plebe frente a los intereses de clase cada vez más acusados de los patricios. Asistimos entonces a la plasmación del derecho consuetudinario y tradicional en una serie de leyes (las XII Tablas como mejor exponente), así como al surgimiento de las magistraturas republicanas clásicas (cuestura, censura, tribunado militar con poder consular...); simultáneamente se recrudecen los enfrentamientos sociales, que desembocarán en logros políticos de los plebeyos (leyes Licinias Sextias, consulado plebeyo desde el año 367, ley Hortensia...), permaneciendo vigente pese a todo la tensión social a finales del siglo IV.

Tras la consolidación en el Lacio se va a producir la expansión de Roma por Italia, asimilando en un principio el territorio perteneciente a los latinos y a continuación el propio de los oscos y umbros; esta política no se circunscribirá a la zona central de la Península sino que, tras hacer frente a los galos que amenazaban desde el Po, el Estado romano se inmiscuirá en los asuntos de las colonias griegas del-Sur de Italia y Sicilia, consolidando definitivamente su posición en toda Italia después de la intervención de Pirro en las primeras décadas del siglo III, lo que facultará su posterior intervención en toda la cuenca mediterránea.

En un segundo apartado (pp. 88-147) se analiza la historia de Cartago (y el Africa púnica) hasta el momento de su confrontación con Roma: la expansión fenicia, en la que intervienen móviles sociales y económicos (mercantiles), copará el Mediterráneo centro-occidental, hallándose en el origen de la fundación de Cartago (episodio de Dido huyendo de Tiro). Los primeros momentos de la historia cartaginesa serían de simples tanteos y contactos con las poblaciones autóctonas próximas, dándose paso a la eclosión demográfica y a los primeros indicios del urbanismo únicamente a lo largo de la edad oscura (siglos VIII y VII); será entonces cuando se inicie la política de puerto comercial, un poco a imitación del *karum* de Kanish en Oriente, poniéndose las bases para una proyección hacia el exterior, tras haberse desarrollado en esta región norteafricana una identidad cultural propia, que contaría con una base indígena asimilada.

No obstante, será el periodo arcaico de la historia de Cartago (siglo VI) el que marque la reactivación de la política de puerto comercial y, como consecuencia de ello, los comienzos de la intervención cartaginesa en el Mediterráneo central a través de Ebussos (Ibiza), Córcega y Sicilia. Será también entonces cuando, desde el punto de vista político, se consolide Cartago mediante la implantación de la dinastía de los Magónidas (una sola fami-

lia?), dándose paso al afianzamiento de su organización interna (los sufetes, un grupo social dominante...).

Por su parte la época clásica (siglos V y IV) supondría la consolidación de la política de puerto comercial, ya afianzada durante los siglos precedentes, así como la expansión definitiva de Cartago por el Mediterráneo centro-occidental, en cuyo caso su actuación se ampliaría tanto a la isla siciliana como a la Península Ibérica en conexión con las rutas de la fortuna. En este contexto se comprende la anexión del territorio africano, así como el carácter específico que adquiere la administración del mismo, es decir la ampliación de la *chora* cartaginesa hacia el interior del país; de la misma manera se conciertan entonces los primeros tratados romano-cartagineses (también llamados greco-púnicos), que daban pie a la hegemonía de Cartago en el Mediterráneo.

En el marco de la economía cartaginesa el comercio dejaría de ser predominante a partir del siglo V, de manera que, aunque no pierde importancia, la explotación del territorio africano conquistado va a convertir a Cartago en un Estado agrario (desconocemos el tamaño de las explotaciones agrícolas de la *chora*); tales propiedades (con horticultura y arboricultura significativas) serían trabajadas por esclavos y hombres libres (aparceros). Pese a todo, comercio e industria continuarían siendo actividades importantes en el seno de la economía (talleres metalúrgicos, arsenales, puertos, fábricas de tejidos, alfares...); comerciantes y mercaderes, agrupados en compañías pertenecientes a la aristocracia cartaginesa, dirigían a menudo tales operaciones.

La sociedad cartaginesa, claramente estructurada (ciudadanos y no ciudadanos, y dentro de aquéllos aristócratas y "plebeyos"), hacía posible la articulación política del Estado, que contaría con una constitución (Aristóteles, *Política* 2.11.1273a-1273b), en la que el poder legislativo y la toma de decisiones eran prerrogativas de una asamblea aristocrática (gerusía-Senado); además estaban el consejo de los 104, los sufetes..., por lo que algunos autores han planteado la posibilidad de una hipotética helenización de la sociedad cartaginesa, algo similar a lo que sucedería en el siglo II en Roma. La fase final de la historia cartaginesa estará ocupada por el periodo helenístico, caracterizado por el conflicto con Roma a través de las Guerras Púnicas y la pérdida definitiva de su independencia.

Por último el presente trabajo considera el origen, formación y desarrollo de las sociedades estatales en el marco de la Península Ibérica (pp. 149-201): se trata de la evolución histórica experimentada por las poblacio-

nes asentadas en el territorio correspondiente al litoral mediterráneo en la etapa anterior a la llegada de los romanos; en este sentido el sustrato étnico prerromano que va a configurar el mundo ibérico sería resultado de la confluencia de dos hechos: el impulso de los emigrantes indoeuropeos y, sobre todo, las aportaciones culturales, administrativas y económicas que suponen las colonizaciones orientales, que además aportarán la ciudad (polis) como factor primordial en el proceso de conformación del Estado.

Los primeros contactos de los fenicios con el mundo ibérico parecen arrancar de finales del segundo milenio (problema de la fundación de Gadir en la documentación escrita y la arqueología), a pesar de que los primeros asentamientos de carácter estable haya que fecharlos a finales del siglo VIII y durante la centuria siguiente; esta presencia fenicia constituiría un revulsivo desde el punto de vista de la colonización agrícola, pero también desde la perspectiva del impulso comercial e industrial para las poblaciones indígenas. En este contexto (y contando igualmente con la presencia de los griegos) surgirá Tartessos, sobre cuya realidad histórica las fuentes antiguas (bíblicas y clásicas) son dispares; la economía tartésica, en buena medida en manos de los elementos orientales, haría posible una estructuración de la sociedad en grupos antagónicos (nobles y no nobles, propietarios y personas sujetas a la tierra: servidumbre comunitaria), en parte al menos derivación directa del carácter de la monarquía, que matizaba la organización política (de tipo talasocrático, con base en el comercio...).

Por su parte la presencia de los griegos en la Península remonta, de acuerdo con los relatos míticos, a una época antigua del segundo milenio (micénicos, aqueos...) mientras que la realidad arqueológica nos introduce en el primero; aunque la historia de los griegos en territorio ibérico se conecta con el desarrollo de Tartessos, tenemos constancia de asentamientos de los mismos (factorías, emporios o centros comerciales) en el Levante y Cataluña, destacando en especial el caso de Ampurias.

El libro se cierra con un análisis global del mundo ibérico: partiendo de los textos griegos que se refieren a Iberia y a los iberos, se hace preciso analizar las diferentes vertientes del proceso de iberización en las costas levantino-mediterráneas y en el traspaís próximo, distinguiéndose, a pesar de una aparente homogeneidad, áreas ibéricas bien definidas. Las formas organizativas se hallan en relación con las estructuras económicas, teniendo en cuenta que al mismo tiempo se produciría una progresiva urbanización del territorio; de esta manera, el entramado social se haría más complejo a medida que avanzamos en el tiempo, intensificándose el aprovechamiento

del trabajo servil (en cualquier caso la concentración de la propiedad en manos de unos pocos aristócratas o su repartición marcaría la organización política y económica).

La selección de textos constituida por el apéndice final (pp. 203-213) apenas sirve a título indicativo cuando en realidad el periodo histórico analizado se muestra enormemente rico para haber aportado un conjunto de documentos más numeroso, que sin duda ayudaría a comprender la exposición concisa y clara de dicha etapa histórica. Sin embargo, ese cometido lo cumple la bibliografía correspondiente a cada uno de los 3 apartados, sin desdeñar en ningún caso la aportación de la cartografía complementaria que resulta muy útil.

Narciso Santos Yanguas

R. TEJA: El cristianismo primitivo en la sociedad romana, Ed. Istmo, Madrid, 1990, 229 pp.

En el prólogo de la obra se establecen los parámetros, que servirán de guía al historiador en su análisis del cristianismo y de la organización eclesiástica como Institución. Estamos plenamente de acuerdo cuando afirma que: "La historia del cristianismo en sus primeros tiempos es inseparable de la del Imperio romano después del cristianismo, como fenómeno histórico y religioso, es un producto de la sociedad imperial romana y uno de los legados más importantes de la Antigüedad que han llegado hasta nuestros días. De modo similar, no se puede comprender la historia del Imperio romano a partir del siglo II sin tener en cuenta el desarrollo y la consolidación del cristianismo". Este planteamiento sintetiza los objetivos y la metodología, a la que el investigador debe acudir para la consecución de las premisas necesarias que den lugar al desarrollo científico del cristianismo, concebido dentro de la evolución histórica del mundo occidental.

Partiendo de la biografía de Jesús de Nazareth, el autor nos introduce en los hechos políticos e históricos más relevantes dentro de las relaciones entre Roma, Palestina y el mundo judaico, para llevarnos a la formación de los principales grupos seguidores de Jesús tras su muerte: el de los judeocristianos, los helenistas y el de Pablo. Las distintas comunidades dieron lugar a un ejercicio de sincretismo y adoptando elementos de otras religiones mistéricas crean sus propios ritos sacramentales.